

PRECIO DE LA SUSCRICION
MADRID: Edición de la mañana...
PROVINCIALES Y FORAJEROS...
ESTRANJERO...
ULTRAMAR...
PRECIO DE LA VENTA
Por menor, a continúas entregas...
Por mayor, 50 cént. 30 ejemplar.
Redacción y Oficinas: Factor, 7, Madrid.

PUBLICIDAD
Los anuncios de todas clases referentes a Bancos y Sociedades, a precios convencionales.
Se reciben en esta Administración y en todas las agencias de publicidad nacionales y extranjeras.
Con arreglo a la Ley, cada anuncio pagará 10 cént. por impreso de timbre.
Toda la correspondencia y giros debe dirigirse al ADMINISTRADOR.
NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

AÑO LVII.—NÚM. 17.642.

Madrid.—Viernes 1º de Junio de 1906.

Ediciones Mañana, Tarde y Noche.

EL ATENTADO CONTRA SUS MAJESTADES

NO SEAMOS COBARDES

Escribimos estas líneas sintiendo que nos ahoga la santa pasión de los hombres: la justa venganza.

No paliemos. No seamos cobardes. Tengamos una vez valor para abordar el tema.

A los anarquistas es menester negarles el agua y el fuego. Es necesario que se les excluya de toda ley y menester será también que contra ellos ejerzan acción común, policíaca, energética, sangrienta, cuantos aun son hombres y no han llegado a tener corazón de fieras monstruosas.

La sangre que ayer ha corrido no puede quedar impune. Esos canallas son cobardes, asesinan a traición, ni siquiera eligen sus víctimas para matarlas cara a cara, y con gentes de ese linaje, hablar de leyes, de legalidad, es una de dos cosas: o cobardía o complicidad.

Esos miserables, que no se atreven a buscar el riesgo frente a frente, con gallardía, dando el pecho, son enemigos de todos; es mentira que obren por amor a la humanidad; ejecutan por odio a todos, a pobres, a ricos, a nobles, a plebeyos. Y a tales gentes, aun habrá quien los defienda si la policía emplea con ellos medios de pesquisa extraordinarios?

Es menester que todos dejemos de ser cobardes, y es menester también que todos nos declaramos adversarios de esos miserables, sin miedo a sus venganzas, diciendo muy alto que es ineludible el castigo de la ley general; que es imprescindible organizarse contra ellos en legión como la de ellos misteriosos, para saber lo que piensan, lo que tramazan, lo que van a ejecutar, y para oponer a una acción otra acción; y para declamatoria ni retórica, sino efectiva. Acción de lynchamiento colectivo, acción de castigo personal, acción que ponga frente a ese terrorífico ofensivo, otro terror defensivo que arme el brazo de los ciudadanos honrados.

Cayo la bomba entre los redactores de LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA que presenciaban el paso de la comitiva y entre operarios de sus talleres. Milagrosamente resultaron ilesos, y cuando vieron el sangriento cuadro, todos ellos se sintieron poseídos de la misma idea, saliendo de sus labios idéntica expresión: ¡Que lo arastren!

La mano criminal mató a pobres inocentes, a mujeres, a niños, a desvalidos. La muerte llevó el duelo a multitud de familias, el dolor impera hoy en pobres hogares, y las víctimas todas claman venganza, como venganza clama la sociedad. Habrá alguien que aun se atreva a decir que esas gentes desalmadas son mártires, como mártires se dijo que eran otros canallas a estos parecidos?

No paliemos como cómplices, ni lloremos como mujeres. Procedamos como hombres, y frente al peñero, demostrémos que al menos no somos unos indios cobardes, que se asustan ante el riesgo de la venganza sectaria.

Ya ha pasado el momento de las cobardías; ha llegado el de los arrestos. ¡Pueblo honrado! ¡Honrada clase media! ¡Pobres y ricos! ¡Burgueses y socialistas! ¡Patrones y obreros! Todos vosotros pensad en que ayer han muerto hermanos vuestros, inmolados por el anarquismo. Arma vuestro brazo, dad aliento a vuestro corazón, organizad para defender vuestras vidas, laborad en secreto para descubrir y en público para denunciar, y si caéis en esta pelea no os importe, porque la vida es corta, y la vida cabe ser inmolada por las causas justas.

La justicia con la astucia, a la fuerza con la fuerza, al puñal con el puñal, a la bomba con la bomba, y si ellos dicen que es santo aniquilar el orden social, digamos nosotros que más santo es aniquilar el anarquismo.

¡Llanza bombas sobre nosotros! Pues bien, lanzémoslas nosotros sobre ellos, y entonces, cuando respondamos con otro exterminio sano. Donde hallemos la anarquía, en germen ó en lozana, desarraiguémosla empleando lo que menester sea emplear.

Juan de Aragón.

EN LA CASA DE HUÉSPEDES

Hablando con la dueña.

Para ampliar la información que publicamos anoche, visitamos la casa de huéspedes establecida en el piso cuarto derecho de la casa núm. 88 de la calle Mayor, y fuimos recibidos por doña Ana Álvarez, esposa de D. José Cuesta, inquilino de la habitación, y cuyo nombre está registrada en el Gobierno Civil la citada casa, desde uno de cuyos balcones fue arrojada la bomba criminal.

Aquella señora estaba inconsolable, y después de devolver nuestro saludo, nos preguntó con el interés que puede suponerse, qué noticias teníamos de su esposo, defendido por la autoridad gubernativa pocos momentos después de la realización del criminal atentado.

La tranquilizamos, asegurándole que nada tenía que temer respecto de él, pues, como es cierto, en el Gobierno se tienen las mejores noticias de Cuesta, y con relación a su casa, es de las muy contadas en Madrid que cumplen exactamente con las prevenciones que rigen para esta clase de industrias.

Un nuevo huésped.

Contestando después a nuestras preguntas, la presencia de otros huéspedes que habían salido de la casa, nos dijo doña Ana que a consecuencia de un anuncio publicado en la Prensa, ostentando una publicación, se presentó en su casa el día 21 por la mañana un sujeto de buen porte, de aspecto extranjero por su acento, y

por la dificultad con que hablaba el castellano.

Pretendió ver la habitación, y como ya no había ninguna desocupada en la casa, le ofrecieron sólo una cama en el precio de diez pesetas diarias.

A esto no accedió el visitante, y entonces acordó con la patrona que conviniere con otro huésped el que se trasladase de habitación, y le dejara a él sólo en una que tenía balcón a la calle Mayor.

La patrona hizo la gestión cerca de aquel huésped, y como llevaba tiempo en la casa tenía afecto a la familia Cuesta, accedió gustoso a cambiar de habitación para que la suya fuera ocupada por el extranjero.

El mismo día 21, por la tarde, volvió el criminal a saber la noticia, y como fue favorable al ajustó la habitación a 25 pesetas diarias, entregando el importe de catros días y exigiendo recibo de ello a don José Cuesta.

Quién era el huésped.

Después presentó su cédula personal, expedida en Zaragoza, y quedó inscrito en el registro de la casa del siguiente modo:

Mateo Moral, de veintiséis años, soltero, natural de Barcelona, fabricante.

El patrón quiso enterarse de quién era su nuevo huésped, y para ello le pidió antecedentes de donde vivía, diciéndole éste que actualmente tenía su residencia en el hotel Iberia, donde ocupaba el cuarto número 27 ó 27 B, pues detalla es éste que no recordaba exactamente nuestra interrogación.

Esta manifestación de Moral la confirmó D. José Cuesta, yendo personalmente a informarse al hotel Iberia.

A pesar de que prometió volver a dormir a su nueva casa el día 21, no se presentó hasta el 24, mandando a un pariente de la ciudad de la casa que fuera a recoger su maleta al hotel Iberia.

Desde el indicado día hasta el de ayer nadie observaron en la casa que hiciera sospechar del nuevo huésped.

Hacia una vida normal y metódica, sin comunicarse con nadie y cambiando sólo las palabras precisas con los demás huéspedes de la casa.

Se retiraba entre doce y una de la madrugada, y como anteauché volviera antes de las once, manifestó respetosa más pronto que de costumbre que se encontraba algo indisputado, atribuyéndolo a que se le había indigestado la cena.

Algo más explícito que otras veces, dijo que saldría por la mañana temprano para esperar en la estación a dos amigos que venían a las fiestas, y dando buenas noches, se encerró en su cuarto.

Ramos de flores.

El domingo último, nos dijo doña Ana Álvarez, me llamó, pocos momentos después de levantarse, a su cuarto, y me encargó que le comprara un ramo de flores, como lo hice en el puesto situado a la entrada de la iglesia del Sacramento, pagando por el diez reales.

Le entregué en su cuarto, y al ponerlo sobre la mesa, me hizo elogios de él, añadiendo: «Que contento voy a escribir al lado de las flores».

El miércoles me volvió a llamar para que le comprara otro ramo, pues las otras estaban ya marchitas y daban mal olor.

Este último ramo fue el que el criminal arrojó al paso de la comitiva.

La mañana de ayer.

Se levantó Moral a la hora acostumbrada, y como la noche anterior se había retirado indisputado, le preguntó la patrona por su salud, contestando que se hallaba algo mejor; pero que sentía malestar en el estómago, y por eso no iba a la estación a esperar a sus amigos.

Tomó una dosis de bicarbonato, y quedó en su cuarto completamente solo y con las persianas entornadas.

La calle Mayor se animaba por momentos. Los gentes invadían todos los sitios, disponiéndose a presenciar el paso de la comitiva; las tropas formaban, y el huésped permanecía en su cuarto, recostado en una butaca, indiferente a todo y sin manifestar curiosidad por el brillante aspecto que ofrecía aquel sitio desde fuera temprana.

La casa de huéspedes de que hablamos tiene casi todos sus balcones en la fachada de la calle del Factor, y sólo dos en la calle Mayor. En uno de éstos, el más inmediato a la esquina, se asomaron, para ver la comitiva, una hija y una sobrina de la patrona, la criada y algunos huéspedes, entre ellos, D. Eusebio Flores Turbado.

Otros bajaron a la calle.

El momento del atentado.

La comitiva avanzaba por la calle Mayor. El entusiasmo era indescriptible. Todos los balcones atestados de gente, descolándose en ellos hermosas y elegantes damas.

Los puestos se disputaban a todo empeño. Se esperaba a los Reyes, y un solo balcon contaba con el honor de ser el más adelantado.

En el correspondiente a la habitación de Mateo Moral.

De pronto nuevos vítores y aclamaciones entusiasman a trepan el espacio, las músicas batían la Marcha Real, todos se disponen a rendir homenaje de adhesión a nuestro joven Monarca y a admirar la espléndida hermosura de la nueva Soberana, y aquel balcon se abre también y en él aparece con un ramo de flores en la mano un hombre alto, moreno, cuidadosamente vestido con traje color café, de ojos hundidos, mirada penetrante y bigote de largas guías rizadas a lo Kaiser.

La carpa real pasa por delante de la casa número 88. Aquel hombre arroja su ramo de flores, y a seguida se oye una espantosa detonación.

Su crimen estaba realizado.

Guardias de Seguridad se colocaron en el portal de la casa con orden expresa de no dejar salir ni entrar a nadie, y las autoridades subieron al piso cuarto empezando la instrucción de diligencias.

Declararon todos los que se hallaban en la casa, y se hizo un registro en la habitación de Moral, y en las demás, sin encontrar nada sospechoso.

En el Juzgado.

El juez especial, D. Manuel María del Valle, fué a tomar declaraciones a los dueños de la casa de huéspedes.

Después de la inspección ocular practicada en la casa donde se hospedó el regicida y de las diligencias propias del caso, se trasladó el Sr. Valle al Palacio Real, y de allí a las Reales Caballerías, donde tomó algunas declaraciones.

Marchó después al hospital del Buen Suceso, tomando declaración a todos los heridos que habían sido allí trasladados después del suceso.

Las declaraciones están conformes en absoluto con lo que queda dicho acerca del atentado.

A las tres de la mañana fueron conducidos a la Casa de Canónigos los siguientes inculcados:

Daniel Manrique, José Itiero, Faustino Viñas, el farmacéutico Sr. Torrecilla y dos individuos más.

También están en el Juzgado José Cuesta, el dueño de la casa de huéspedes, y uno de los huéspedes que en ella había.

Además de éstos fueron conducidos al Juzgado Santiago Pinedo y Narciso Callejo, detenidos por la tarde en la calle de Alcalá.

Hasta las cinco de la madrugada no había tomado declaración el juez a ninguno de los detenidos, por hallarse trabajando en la instrucción del sumario.

El juez ha autorizado a las familias de las víctimas, cuyos cadáveres se hallan en sus propios domicilios, para que se practiquen en estos las operaciones de autopsia, y hoy ordenará lo relativo a los sepelios.

En telégrafos.

Casi todos los forasteros que hay en esta Corte, y muchos madrileños que tienen familia fuera, han desfilado por telégrafos, depositando despachos.

El personal de telégrafos, a pesar de haber sido reforzado, ha sufrido una labor abrumadora.

Baste decir que ha sido necesario instalar en el salón del público tres mesas provisionales.

A última hora de la tarde el salón estaba completamente lleno de españoles y extranjeros.

Un rumor.

Se nos asegura que hace días supo la policía de Madrid que había llegado a esta capital un anarquista peligroso disfrazado de cura, que traía 40.000 pesetas dispuestas para pagar personas que cometiesen el atentado de hoy.

Hasta se añade el detalle de que usaba constantemente guantes para ocultar el tatuaje que tenía en la mano derecha.

Un anónimo.

Hasta nosotros llega un rumor, de cuya autenticidad no podemos responder.

Se dice que hace pocos días recibió S. M. el Rey un anónimo en que se le decía, sobre poco más ó menos:

«No estarás casado más de media hora. Morirás en la calle Mayor.»

El capitán Rasilla.

Se hallaba a la puerta casi de la Capitana General. Detrás de él se hallaba su asistente, y al lado su señora, sus hijos y dos cuñadas, que queriendo ver la comitiva habían acudido adonde formaba el capitán Rasilla para tener la seguridad de que no eran estrujadas por el público.

Cuando sonó el estampido y se dispuso el humo, el capitán se hallaba casi sentado en actitud de levantarse.

Ayudóle el asistente, y entonces el oficial le dijo con voz apagada:

«¡Juan, me ahogo!»

El Sr. Rasilla tenía una gran herida en la ingle, por la cual le introdujeron mantas de algodón en rama que no eran lo suficiente para contener la tremenda hemorragia.

Señora quiso seguirle cuando le condujeron a Capitanía; pero los jefes del regimiento lo impidieron caritativamente, evitando la escena que habría forzosamente de desarrollarse.

El capitán Rasilla había muerto a presencia de su familia.

Indignación popular.

En los primeros momentos de confusión un inspector de policía y algunos agentes de Orden público detuvieron como sospechoso a un gólfido de doce a catorce años, y a pesar de sus protestas de inocencia le condujeron a la Delegación de Vigilancia, y luego al Gobierno Civil.

La muchedumbre al verte sujeto por los guardias creyó que era el autor del atentado y quiso lyncharle.

Fue precisa toda la energía de los guardias que le conducían para librarse del furor popular.

«¡Canalla! ¡Miserable! ¡Cobardel! ¡Gritaba la gente enfurecida, crispando los puños y agitando los bastones».

En la calle de la Cruzada, un sargento de Inválidos adelantose, y antes de que nadie pudiera evitarlo, descargó dos tremendos puñetazos en el rostro del gólfido, que le hicieron echar sangre por la nariz.

Algunos pasos más adelante lo descargaron también algunos bastonazos, mientras el grupo de gente, cada vez más engrosado, seguía gritando:

«¡Que le maten! ¡Que le maten!»

La actitud del público era tan amenazadora al llegar a la calle Mayor, que el retén del Gobierno Civil tuvo que desvanecer los sabios para proteger la vida del muchacho.

Este quedó encerrado en las cuevas del Gobierno.

Dos detenidos más.

Gaspard Pareja, empleado del Banco de España en la fabricación de billetes—según dijo—mandó a los guardias municipales montados, números 8 y 54, Manuel Blanco y Antonio Pérez, que detuvieran a dos sujetos que pasaban en un tranvía por la calle de Alcalá, frente al núm. 3.

Dijo Pareja a los guardias, que aquellos sujetos se hallaban complicados en lo del atentado regicida.

Los guardias ordenaron que parase el tranvía y se se apañase a los dos sujetos en cuestión, conduciendo a denunciante y denunciados a la Delegación de Centro.

Una vez allí, el inspector de vigilancia, D. Quintín Osés, procedió a interrogar a unos y a otros, resultando llamarse los detenidos Santiago Pinedo y Narciso Callejo.

El primer declaró.

El primero declaró que era natural de Hermos de Cerrato, partido de Baitánas, provincia de Palencia, que actualmente se halla ejerciendo su profesión de veterinario en el pueblo de Sotillo de la Ribera, provincia de Burgos, y que ha venido a pasar estos días de fiesta en Madrid en compañía de su convención. Callejo, propietario de este último pueblo. Ambos se hospedaban en la taberna número 45 de la calle de Leganitos.

Pareja manifestó que tiene la convicción de que esos sujetos están complicados en lo del atentado; pero no aporta prueba alguna digna de tenerse en cuenta.

Los detenidos aseguran, conformes en esto con el denunciante, que éste entró en la taberna cuando se hallaban comiendo y comulgando los tristes sucesos de hoy. Que con tono imperativo les obligó a que le convidaran a una copa; que después salieron juntos y quería obligarles a que fueran donde él quisiera, cosa a la cual se negaron. Subieron a la palquería del Sevillano y con ellos subió también Pareja, y después fueron a la Puerta del Sol, montando en el tranvía.

Pareja afirma que los detenidos no podían resistir su mirada, y que el positivo con ellos una conversación de la cual deducía que estaban complicados en los sucesos de hoy.

Ciertamente la taberna de que se trata, al decir de la policía, no es muy recomendable, por la clase de público que la frecuenta; pero no es menos cierto que Pareja se hallaba muy excitado y que a las preguntas del señor Osés, solamente contestaba que tenía la convicción moral de lo que decía.

En la Delegación se tomó la filiación minuciosa y exacta del Sr. Pareja, que es casado y vive en la calle del Reloj, 7, 3.º número 3.

Añadió que a las tres salió de casa de su madre, que vive en la calle de Leganitos, 42, dirigiéndose desde allí a la taberna, y que hace días expliaba a los detenidos.

La impresión que sacaron en la Delegación es que de la denuncia del Sr. Pareja no se puede hacer mucho caso.

A los detenidos, que fueron registrados, no se les encontró ningún objeto que pudiera infundir la menor sospecha.

Antes de ponerlos en libertad, la Policía comprobó la exactitud de cuanto afirman denunciante y denunciados.

Encuentro en la escalera.

Cuando los huéspedes D. Augusto Enol y su esposa doña Sara Roselló subían la escalera de la casa, aterrados ante las proporciones del salvaje atentado, vieron que por ella bajaba Mateo Moral.

«¿Qué ocurre?—preguntó éste. Y echó las manos abajo».

¿Dinamita?

En el suelo de la habitación se veía un polvillo blanco, que, según manifestaciones del doctor Chicote, debía de ser dinamita.

Sobre una mesa había una jeringuilla de cristal y caucho, conteniendo una pequeña cantidad de líquido rojo.

Se supone que esta jeringuilla sirvió para cargar la bomba.

Encima de la mesa tenía un plano de Madrid.

La bomba.

Creése que se trata de una bomba de las llamadas de inversión, pues no se explica de otro modo que en tales estragos en la misma casa, en el mismo piso.

Una bomba de percusión no hubiera ocasionado tales desgracias.

Al volcar la bomba debió de efectuarse la explosión.

Detenciones.

Se han efectuado muchas detenciones de anarquistas. Pasan de 20 los que estaban detenidos anoche en el Gobierno Civil.

Ovación a los Reyes.

Después de la explosión, cuando la noticia se extendió por Madrid, el público invadió la plaza de Oriente, frente al Palacio Real.

Aplausos atronadores, vivas insistentes, obligaron a S. M. a salir al balcón principal.

La ovación fue ensordecedora y prolongada.

Agitaba la Reina Victoria, emocionadísima por el pánico, y el Rey saludaba con la mano a la multitud.

Los Reyes se retiraron y la ovación se repitió.

Entonces aparecieron en el balcón todas las personas de la Familia Real y los Príncipes de Gales.

Las aclamaciones se reprodujeron. Los hombres agitaban sus sombreros, gritando: «¡Vivan los Reyes!» «¡Mueran el asesino!»

La Reina Victoria se llevaba repetidamente el pañuelo a los ojos.

Don Carlos, aclamado.

A las siete y media de la tarde, el Infante Don Carlos, acompañado de su ayudante, marqués de la Mesa de Asta, apareció en un coche descubierto en la calle Mayor.

El público numerosísimo que se hallaba estacionado en el lugar del suceso, tributó al Infante una calurosa ovación.

D. Carlos, que revelaba en su rostro una honda y triste impresión, saludaba militarmente, correspondiendo al sentido homenaje de simpatía y afecto que el pueblo le rendía.

El Infante subió a la casa del marqués de Alameda, permaneciendo en ella un cuarto de hora.

Por la calle del Factor regresó al Palacio.

Iniciativas de Don Alfonso.

Anoche se aseguró que S. M. el Rey recorrió los hospitales y las casas donde se encuentran los heridos.

También se dice que por la tarde revisará el regimiento de Wad-Rás, formado en el sitio de la catástrofe.

Se añade que el Rey presidirá el entierro de las víctimas, que será una verdadera manifestación de duelo y de protesta, al cual concurrirán el Gobierno y todas las autoridades.

José Cuesta.

El dueño de la casa de huéspedes continuaba detenido esta madrugada.

Es tipógrafo y trabajó en la imprenta de España todo el tiempo que duró la publicación de este periódico.

De su matrimonio con doña Ana Álvarez tiene tres hijos, la mayor de doce años y el menor de nueve meses.

En Gobernación.

Anoche a última hora recibió el ministro de la Gobernación a los periodistas, manifestándoles, entre otras cosas, que no era cierto lo que la prensa extranjera, ni ninguna Embajada, hubiera hecho indicaciones al Gobierno español, anunciándole temores de atentados contra el Rey, sino que por el contrario, en una entrevista que aquel tuvo

en uno de estos días con los jefes de policía extranjeros, y a la cual asistió el Sr. Moret, los citados jefes de policía se expresaron en términos optimistas, haciendo abrigar la impresión de que nada ocurriría que turbase la tranquilidad; que cuando él estuvo ayer visitando la habitación que ocupaba el anarquista, al entrar en ella, se percibió un fuerte olor a almidones amargos, siendo este motivo para suponer que el criminal último la preparación de la bomba momentos antes de cometer el crimen.

Está completamente comprobado que el anarquista en cuestión es la misma persona que estuvo hospedado en el hotel Iberia tres días y medio, comprendidos entre el 21 y el 24, puesto que las señas facilitadas en ambas casas coinciden en todo, y que, examinados 700 retratos de anarquistas conocidos, no hay ninguno de éstos cuyas señas convengan con las del autor del atentado.

De las ropas dejadas en el cuarto, casi todas las prendas están marcadas con las iniciales N. M. R., menos las camisas, en las cuales las marcas fueron hechas desapareciendo.

El Rey.

Don Alfonso XIII envió ayer tarde mismo a uno de sus ayudantes al ministro de la Guerra para recomendarle que sin pérdida de tiempo le preparase una disposición en camilla para el traslado de las víctimas, prometiendo los servicios de los que no han muerto y recompensando a las familias de los oficiales y de los individuos de tropa que han fallecido.

El Rey comunicó al propio tiempo y por conducto del mismo ayudante al general Luque, que estaba satisfechísimo de la conducta de la guarnición, y en especialidad del comportamiento seguido por el regimiento Wad-Rás, cuya serenidad ante la magnitud de la catástrofe es digna del mayor encomio.

El ministro de la Guerra se ocupó anoche en preparar la disposición a que antes nos referimos, con objeto de que sea llevada a la práctica cuanto antes la iniciativa de Su Majestad en favor de las víctimas ó de sus familias.

Lo que dice el gobernador.

El gobernador civil, Sr. Ruiz Jiménez, dió a conocer anoche algunos detalles que se refieren a la vida que hizo en Madrid el asesino Moral los días que mediaron entre el de su aparición en el estacote hasta el de ayer.

En el hotel Iberia.

Moral tomó el día de su llegada una habitación en el hotel Iberia, que ocupó tres días pagando a razón de 15 pesetas diarias, entregando para el pago un billete del Banco de 500 pesetas.

En el hotel Iberia hacía una vida reservada, saliendo de la casa muy poco y pasando largas horas en su cuarto.

Solo estuvo tres días en el hotel Iberia, dando orden al dueño de la casa de que dejara en la portería la maleta, pues él enviaría a recogerla.

Por qué cambió de hospedaje.

No ocultó que la causa de abandonar su habitación que está en la calle de Tetuán, y siendo su objeto presenciar las fiestas reales, prefería un cuarto que tuviese vistas a la calle del Arenal.

El día 24, un obrero—que es el marido de una de las criadas de la casa de la calle Mayor—recogió la maleta en la portería del hotel Iberia.

Cómo vivió.

Mientras vivió en el hotel Iberia, no parecía Mateo Moral tan cuidadoso en el vestir como nos lo presentan los dueños de su última casa. Al contrario, no manifestaba por su indumentaria ser hombre de la posición necesaria para pagar 15 pesetas diarias de hospedaje.

También, y por la misma circunstancia, causó la natural sorpresa verle poseedor de un billete de 500 pesetas.

Su inscripción.

En el registro que el hotel Iberia lleva, y en el que constan las entradas y salidas de los viajeros, con los nombres correspondientes, figura inscripto el asesino con el nombre de Mateo Moral, de veintiséis años, fabricante.

En la calle Mayor.

Adición de la Noche.

La cervecería de Candela y otros establecimientos de la Puerta del Sol guardarán recuerdos de la noche.

Y al venir al suelo mesas y cristales aumentaba el ruido, produciendo más alarma.

Se desarrollaron escenas conmovedoras entre padres, hijos y personas queridas al encontrarse después de la refriega.

En la Puerta del Sol no había ni una sola autoridad que pudiese imponerse a aquel desorden.

Cuando se restableció la calma y se trató de averiguar lo ocurrido se supo que todo había sido producido por un cochero que avisaba a la gente diciendo: ¡Ahí va! ¡Ahí va!

Los que se hallaban cerca, queriendo librarse de ser atropellados, huyeron, y al huir sembraron la alarma que produjo el pánico.

Muchas señoras y niños resultaron heridos y pisoteados, aunque no se sabe que ninguna lo fuera de importancia.

A todo lo largo de la calle de Alcalá el tumulto fue espantoso.

La gente penetraba en los cafés por puertas y ventanas, con el espíritu retraído del semblante, melancólicos y acustados todos.

En el Lyon de oro y en la Maison Dorée, en los cafés de Nueva España y Fornos, no queron mesas, sillas ni vajillas útiles.

De nada servía la serenidad de los menos, que gritaban para imponer la calma y la tranquilidad; la ola humana avanzaba arrojándolo todo, atropellando y derribando cuanto al paso encontraba.

El espectáculo resultaba tristísimo y desconsolador, pues demostraba el estado de ánimo de los gentes.

Naturalmente hubo innumerables lesionados que huyeron a sus casas o a ser socorridos en las farmacias y Casas de Socorro.

El espectáculo resultaba tristísimo y desconsolador, pues demostraba el estado de ánimo de los gentes.

Naturalmente hubo innumerables lesionados que huyeron a sus casas o a ser socorridos en las farmacias y Casas de Socorro.

El espectáculo resultaba tristísimo y desconsolador, pues demostraba el estado de ánimo de los gentes.

Naturalmente hubo innumerables lesionados que huyeron a sus casas o a ser socorridos en las farmacias y Casas de Socorro.

El espectáculo resultaba tristísimo y desconsolador, pues demostraba el estado de ánimo de los gentes.

Naturalmente hubo innumerables lesionados que huyeron a sus casas o a ser socorridos en las farmacias y Casas de Socorro.

El espectáculo resultaba tristísimo y desconsolador, pues demostraba el estado de ánimo de los gentes.

Naturalmente hubo innumerables lesionados que huyeron a sus casas o a ser socorridos en las farmacias y Casas de Socorro.

El espectáculo resultaba tristísimo y desconsolador, pues demostraba el estado de ánimo de los gentes.

Naturalmente hubo innumerables lesionados que huyeron a sus casas o a ser socorridos en las farmacias y Casas de Socorro.

El espectáculo resultaba tristísimo y desconsolador, pues demostraba el estado de ánimo de los gentes.

Naturalmente hubo innumerables lesionados que huyeron a sus casas o a ser socorridos en las farmacias y Casas de Socorro.

El espectáculo resultaba tristísimo y desconsolador, pues demostraba el estado de ánimo de los gentes.

Naturalmente hubo innumerables lesionados que huyeron a sus casas o a ser socorridos en las farmacias y Casas de Socorro.

El espectáculo resultaba tristísimo y desconsolador, pues demostraba el estado de ánimo de los gentes.

Naturalmente hubo innumerables lesionados que huyeron a sus casas o a ser socorridos en las farmacias y Casas de Socorro.

EN LA PLAZA DE ARMAS

Manifestación popular.

A eso de las diez de la mañana entró en la Plaza de Armas una avalancha de chirimullos, heraldo de las masas populares, que llevaban en triunfo al corneta del 14.

El tercer que ayudó a guardia que estuvo en la estación a un presunto autor del atentado anarquista.

Cuando el detenido fue confiado a la guardia de la Dirección de la Deuda, el pueblo que vio salir al corneta prorumpió en vivas a la Guardia Civil, le cercó, le aclamó con entusiasmo, y quisiera que no le condujera a Palacio para presentarlo al Rey.

No era sólo el corneta el halajado así por el pueblo y llevado a Palacio. Análogas manifestaciones merecía de la multitud un testamento del mismo tercio, D. Ramón González, que algo intervino en el servicio prestado.

En la verja de la Plaza de Armas, los más exaltados manifestantes cogieron en hombros al corneta. Unos le asían de una pierna, otros de un brazo, y el héroe por fuerza no tuvo otro remedio que dejarse llevar así de la multitud, como si fuera sobre la cresta de una ola humana.

Los chirimullos que iban en la manifestación gritaban entrando en la Plaza de Armas: ¡Qué lo traen! ¡Ahí está! ¡Ahí viene! Los muchachos, como todos los manifestantes, llegaron con los rostros amarrotados por el excesivo calor y la sofocación.

Las masas del pueblo no las constituyen las clases más humildes y modestas, eras de todos los elementos sociales, contándose en ellas muchas señoras, acaso las más decidas y vehementes.

La muchadumbre, llevando a la cabeza al corneta de la Guardia Civil, cruzó toda la Plaza de Armas dando vivas a los Reyes y a la Guardia Civil, y mueras a los asesinos. En su avance llegó el pueblo a arrollar a los centinelas, que trataban de impedir que la multitud entrara en Palacio.

El regimiento de Wad-Ras daba la guardia. Los oficiales del mismo, capitán D. Antonio Amargó y tenientes Sres. Tassier y Álvarez Masa, hicieron grandes esfuerzos para contener a los manifestantes a la puerta principal de la morada regia.

Los procedimientos eran de persuasión. Las dos mil personas que exaltaban al corneta de la Guardia Civil y pretendían llevarlo a la presencia del Rey, fueron atajadas por dichos oficiales, que les decían que el corneta era un asesino y que lo mueran.

Estos las aquejó. Un cordón de centinelas aseguró el éxito de los oficiales de guardia.

La muchadumbre no cesó de vociferar: ¡Mueran los asesinos! ¡Viva el Rey, valiente! ¡Viva el Ejército! ¡Mueran los infames! ¡Vivan los Reyes! Esto decían, esto gritaban, con gran calor y entusiasmo.

Cuando podía ser oído, el corneta exclamaba: ¡Yo no he hecho nada. He sido mi compañero, yo me he limitado a ayudar a conducir al detenido.

Los abrazaban jefes y oficiales del Ejército y personas distinguidas y muchas señoras. Entretanto quedó preparado la mitad del cuarto de vigilancia para lo que pudiera ocurrir.

El corneta dejó los hombros de la multitud, para subir a la presencia del Monarca. Le pareció neutra, verga libre y con vida, después de tantos halajos que parecían demostrar que eso cierto que hay carnos que matan.

Cuando el corneta entraba en Palacio aparecieron en la terraza de sus habitaciones el Rey y la Reina Victoria.

Su presencia motivó la más delirante de las ovaciones. ¡Viva el Rey valiente! gritaban frenéticos los más. ¡Viva la Reina hermosa!

A estas entusiastas aclamaciones en que tomaban parte muy principal las señoras, seguían vivas al Ejército y a la Guardia Civil, y mueras a los infames asesinos.

Apoyados en la balaustrada de la terraza estuvieron diez minutos los Reyes recibiendo aquella inmensa ovación, que consistía en saludar cariñosamente con las manos.

Entre aplausos y vivas se retiraron Sus Majestades.

El Rey y el corneta. La entrevista fue breve. Don Alonso le preguntó detalles de la captura del presunto anarquista y si estaban seguros de que el detenido era el autor del atentado.

El corneta dijo: «Yo, Señor, no he hecho la aprehensión. Ayudé a mi compañero a conducir al detenido cuando manifestaba subido por la calle de Atocha seguido por la multitud, que vociferaba.

«Pedimos, Señor, auxilio a la guardia de la dirección de la Deuda y no fue posible impedir que el público descargara momentos antes algunos bastonazos y palos sobre la cabeza del detenido, cuyo sombrero de copa quedó destrozado.

La guardia impidió que entrara el público, como quería, en el edificio donde estaban las oficinas del Banco y es hoy la Dirección de la Deuda.

«Las señas del detenido coinciden con la registral de la Guardia Civil.

«Todo esto manifesté a S. M. el Rey, que le dio la enhorabuena y le rogó que se le diera también en su nombre al guardia del 14, tercio que había hecho la detención.

El corneta y la multitud. Al salir de su entrevista con S. M. fue el corneta aclamado de nuevo.

Los oficiales de guardia en Palacio lograron con habilidad sustraerlo y llevarle al Cuerpo de guardia y lenismente fue disolviéndose la manifestación.

D. Antonio Hernández, oficial de las secciones de ordenanzas, nos ruega hagamos constar su agradecimiento a las grandes atenciones y cuidados que con tres cornetas heridos del regimiento de Wad-Ras tuvieron los vecinos de la calle de San Nicolás, número 3, don. Carolina Camarasa y don. Tenso Bruno, en el momento cuando sus habitaciones a un corneta al que se le hizo la entrega provisional, y la segunda a dos cornetas y dio dos manías y una silla.

También encomia los servicios de los doctores D. Ignacio Cordero y D. Jesús Sevilla, que hicieron la cura provisional a dichos cornetas.

El capellán castreño D. Ruperto Alonso, del regimiento de Toledo, que su halla con licencia de Madrid, fué al primero que prestó auxilios espirituales a siete moribundos en la Farmacia militar y en la capitanía general, administrando la Extremaunción. Era de Madrid el desgraciado, y hacía unos veinte días que sentía plaza.

Otro de los muertos, Luis González, era cabo de labores de Wad-Ras.

En la Plaza de Armas cuando tuvo de vida en la Casa de Socorro del distrito de Palacio, preparó.

—Han matado al Rey!

—No—le dijeron.

Los Reyes on la calle

A las doce y diez minutos salió el Rey en automóvil de Palacio con la Reina Victoria.

Al subir al coche, la muchedumbre invadió la Puerta del Príncipe e hizo a Sus Majestades una gran ovación.

Algunos, conmovidos, mostraban lágrimas en sus ojos.

Era la primera salida de los Reyes después del atentado, y fue al lado de los vivos asondatales.

Traía del automóvil del Rey iba otro con la duquesa de San Carlos, el Sr. Moret y el coronel Milans.

Los entusiasmos y aclamaciones que así empezaron en Palacio, fueron creciendo por las calles que los Reyes recorrieran.

Por la del Arsenal, la Puerta del Sol y la calle de Alcalá fueron por Recoletos, la calle de Colón, el Príncipe de Asturias y por el Prado y Carrera de San Jerónimo y la Calle Mayor, volvieron a Palacio en medio del mayor delirio del pueblo de Madrid.

El automóvil tuvo que ir al paso. La muchedumbre impedía la marcha con sus inmensos entusiasmos, sobre todo desde la Carrera de San Jerónimo hasta la puerta del Príncipe.

Viva el Rey valiente! Viva la Reina hermosa! Estos gritos del pueblo, entre aplausos y aclamaciones y verdaderos dolores de afecto hicieron todo su peso.

Los Reyes recorrieron casi el mismo trayecto que la comitiva nupcial.

El paso de los Reyes por la calle Mayor, sobre todo, por el sitio donde se realizó el infame atentado, produjo un entusiasmo tan intenso que no hay modo de describirlo.

La escena era de un interés supremo. Del campamento de Carabanchel, donde las tropas han de ser ejercidos preparativos de la revista militar, regresaba el general Aznar con su Estado Mayor.

Se incorporó el general, como escolta del Rey, a aquella imponente manifestación de cariño, y acompañó a SS. MM. hasta Palacio.

Unas 10.000 personas llenaban la plaza de Oriente. Habían llevado en triunfo a la feliz pareja que sola, con valentía admirable, se había confiado al camino y a la hielguia del pueblo.

Aquella inmensa multitud soportaba ante la puerta del Príncipe los ardorosos rayos de un sol propio de la canícula, y sin cesar aclamaba a los Reyes y les colmaba de aplausos.

Sus Majestades volvieron de su triunfal paseo a las doce y media, y a eso de la una menos cuarto, requeridos por las aclamaciones y aplausos, se acomodaron al balcón principal.

Fue imponente la ovación que se les hizo. El Rey se descubrió ante el pueblo y saludó con el sombrero.

La Reina Victoria, sonriente, conmovida y cariñosa, saludaba con la mano e indicaba al público que se cubriese.

Todos agitaban los sombreros para saludar, o juntaban las manos para aplaudir con entusiasmo.

La ovación duró unos minutos.

Las víctimas militares. El ministro de la Guerra concurreció esta mañana a Palacio, entregando a S. M. una relación de las víctimas que el Ejército ha tenido en esta catástrofe.

Muertos. Capitán, D. José Rasillas Ceballos. Primeros tenientes, D. Roberto Reilern Gispert y D. Jacobo Préndegast.

Cabo de cornetas, Lorenzo Navalon de Ter. Tambor, Gregorio Sánchez Rodrigo. Educandos, Isaac Romaniños y José Martínez.

Soldado, Hilario García. Total, S. Todos del regimiento de Wad-Ras.

Heridos. Capitán, D. Isidoro Valcárcel Blaya. Primer teniente, D. Luis Fuentes Molinero. Cabo de cornetas, Luis González Olabó. Cabo, Guillermo Molina Justo.

Soldados, Eugenio Dominguez Bachiller, Rufo Familiar Jimenez y Lorenzo Valencia. Cabo, Eduardo Maudillo Silvestre.

Soldados, Plácido González, Juan López Montero, Narciso Soriano, Lorenzo Amis Ramírez, Pablo Padriño Fernández, Emilio Chinchilla y Antonio García.

Sargento, Luis Savredy. Cabo-Bonifacio Pasadu Guzmán. Soldados, Silverio Mayo Paridelo, José María Zapata, Manuel Arrasola, Vicente Tabernar, Bruno de Marcos, Juan Martínez, Santiago Muñelita, Zenón Lorente Bravo y José García.

Estos heridos suman 27, y como los muertos también consignados, pertenecen al regimiento de Wad-Ras.

Desaparecidos. Además, del mismo regimiento se ha visto, al pasar lista, que faltan los soldados Juan Mari Martínez, Florencio Guerrero y Martín Alberto, creyéndose, fundadamente, que puedan estar heridos y recogidos en cualquier establecimiento benéfico.

En la misma relación a que nos referimos figuran, como pertenecientes también al ejército y que han resultado heridos, el primer teniente de Seguridad D. Jacinto Monjas y el soldado de la Escolta Real José Márquez.

El atentado en provincias. Ayer, cuando después de la explosión que hizo perder la vida a 120 familias, nos dedicábamos a la información en cuerpo y alma, sobreponiéndonos al efecto tremendo que entre nosotros, testigos presenciales, causara la gran infamia, comenzaron a llegar a nuestra casa centenares de telegramas de provincias, hablando de júbilo, listas, recepciones, toda la pintoresca gama de la popular alegría.

Después, por la noche, y durante todo el día de hoy, a los despachos resando excitación y entusiasmo, sucedieron otros en que palpita la indignación producida en toda España por el atentado inico.

Una ráfaga de ira, ha cruzado por la Península. Pobres y ricos, ilustrados e incultos, radicales y conservadores, protestan desde lo más hondo de su espíritu contra el asesino que, con frialdad de monstruo extrahumano, arrojó la muerte entre una multitud inmensa.

No podemos publicar los millares de palabras que el telegrama arroja, incesantemente, sobre nuestras mesas de trabajo. Nos falta espacio para ello.

Baste a nuestros lectores saber, que en todas las provincias españolas, la bárbara tragedia de ayer ha repercutido enormemente.

En muchas ciudades las manifestaciones se han suspendido, los festejos han tenido un carácter de amargura.

Y los infinitos telegramas recibidos en Palacio prueban que la desolación ocasionada por la catástrofe, no sólo se mitigaba por la alegría de haberse salvado a los Reyes.

Detención de un sospechoso.

La captura.

El inspector del mixto de Andalucía que sale de la estación de Atocha a las siete de la mañana observó que montaba en el tren un viajero sospechoso por sus trazas.

Levanta levita negra, chaleco blanco con una banuera española cosida junto a la solapa, gaban negro y sombrero de copa.

El inspector avisó a la pareja de la Guardia Civil que daba escolta al tren que iba a tomar el sospechoso.

La pareja detuvo al viajero y lo condujo a la Inspección de Vigilancia de la estación del Mediodía.

El guardia Miralles. El guardia civil Francisco Miralles, que presta servicio en Castellón, fué traído a Madrid porque conocía muchos anarquistas catalanes por haber prestado servicio en Barcelona e intervenido en las causas contra los anarquistas en los varios atentados ocurridos en la capital de Cataluña.

Ayer el guardia Miralles estaba en la esquinola de Capitanía General cuando ocurrió la catástrofe.

El guardia Miralles dice que vio en el balcón de donde partieron las bombas a dos sujetos que entraban y salían al balcón, uno de ellos, el que coincide con las señas de Mateo Moral, a quien conocía de Barcelona por haber estado complicado en la causa del atentado contra Martínez Campos.

Dice el guardia Miralles que apenas vio la explosión desvaneció el saber y fué al lado de la carroza de la Corona, y S. M. le dijo: «Guardia, no hay novedades» entonces el guardia Miralles se dedicó a auxiliar a los heridos.

Desde el momento del atentado fué comisionado Miralles para que bajase a las estaciones para reconocer a los que salían y ver si entre ellos iba alguno de los autores del atentado de ayer.

Hoy, en cumplimiento de su servicio, fué a la estación del Mediodía.

El guardia reconoce al detenido. Apenas supo el guardia que en la inspección de Vigilancia de la estación había un detenido fué a verlo inmediatamente reconoció en él a uno de los que estaban en el balcón de la casa número 88 de la calle Mayor.

Se avisó a los guardias de Orden Público, números 438, Juan Gaspar Barros y 180, Cesáreo Sánchez, que en unión del guardia de primera Blanco y del cabo Nicolás Aguilera, número 414, intentaron conducir al detenido hasta el Gobierno civil.

No quiere ir a la cárcel. Invitaron los guardias al detenido a montar en un coche y el detenido se negó a subir a ningún vehículo así como a coger una maleta de la que dijo:

«Si ustedes la quieren coger, la cogen; yo no la llevo».

La maleta quedó en la inspección de Vigilancia.

Caminó del Gobierno. Subióse al detenido por la calle de Santa Isabel.

El público se percató de quien era y en seguida corrióse la voz por las calles: «Han detenido al anarquista de la bomba! ¡Ahí va!».

Y el público fué engrosando el acompañamiento del detenido.

En la plaza de Anton Martín las verduleras y tenderas se indignaron a los que vociferaban y querían castigar al detenido; entonces recibió éste un garrotazo en la parte posterior de la cabeza, y de la herida manó alguna sangre.

El detenido continuó imperturbable; su cara aletada, que le daba aspecto de cura inglés, no expresaba más sensaciones que la de la tranquilidad, que no ha abandonado en toda la mañana; tranquilidad forzada que raya en cinismo.

La multitud recibió sus manifestaciones hostiles, y los guardias veían imposible defenderlo de la actitud del público; entonces el capitán de la Guardia Civil, D. Carmelo Rodríguez, que había salido al encuentro del detenido, creyó oportuno refugiarse en el Cuerpo de guardia de la Dirección general de la Deuda y Clases Pasivas, que está, como saben nuestros lectores, en la calle de Atocha.

En la Dirección de la Deuda. A las diez, próximamente, llegó el detenido al edificio de la Dirección de la Deuda, y como el Cuerpo de guardia es muy oscuro y no tiene la suficiente amplitud para hacer las diligencias necesarias en estos casos, fué instalado en una habitación que hay a la derecha del portal y a la que se sube por tres o cuatro escalones.

Estas habitaciones, que son dos, constituyen el negociado de Revisión de documentos de las suprimidas Delegaciones de España en el extranjero, y es su jefe el Sr. Coll.

La primera, toda llena de legajos, deja entre ellos un paso para la segunda, que fué donde se instaló al detenido.

La segunda habitación tiene dos cuerpos separados por un medio punto o arco.

La habitación, empujada de azul claro, tiene tres mesas en el primer cuerpo y dos en el segundo.

Una multitud de legajos llenos de polvo rodean los dos cuerpos de la habitación.

Esta habitación tiene tres ventanas: una que da a la calle de Atocha y dos a la calle de la Bolsa.

Desde que entró el detenido, después de curada la herida de la cabeza por un médico de la Casa de Socorro, se sentó tranquilamente en un sillón de primera mesa, enfrente de las espaldas a la puerta de entrada.

¿Quién es el detenido? A las primeras preguntas que le hizo el capitán Rodríguez, que comenzó a hacer el atestado, según órdenes recibidas de las autoridades, a quienes había consultado por teléfono, dijo el detenido que se llamaba Sr. Roberto Rodríguez, que era inglés y que tenía cincuenta años.

Comprendió y se expresa en español con bastante facilidad, a pesar de que en los primeros momentos dijo que no lo entendía.

A las preguntas que se le hicieron referentes a la inversión de su tiempo en el día de ayer, respondió secamente:

«Eso se lo diré al consúl».

En la respuesta no se le pudo sacar hasta que llegó el gobernador civil, Sr. Ruiz Jiménez.

El capitán Rodríguez rogó a un empleado de la Dirección, conocedor del inglés, que le preguntase al detenido en su idioma, y Hamilton respondió únicamente en español:

«Eso se lo diré al consúl».

Se le habló en español, y Hamilton respondió en un inglés, demostrando así que no quería hablar a nadie.

Llegar a las autoridades. A las once llegaron el teniente alcaide señor Fernández Victoria, el coronel del Cuerpo de Seguridad, Sr. Elías, y el coronel del 1.º tercio, Sr. Fernández Corral; el director de la Comisaría, Sr. Hidalgo, y el fiscal del Supremo. Se unió a ellos el director de la Deuda, Sr. Alisal, y los subdirectores Sres. Vergara y Ortiz.

Pocos minutos después llegaron el gobernador civil, Sr. Ruiz Jiménez, los delegados Sres. Puga e Ibarra, y el capitán delegado del distrito del Congreso.

Comienza el interrogatorio. Al entrar en la habitación el Sr. Ruiz Jiménez, se le hizo saber al detenido que era el gobernador, y Hamilton se puso en pie.

Comenzó diciendo como se llamaba, su nacionalidad y su edad.

Manifestó luego que era natural de Lon-

Edición de la Noche

Y hacia además de contar dinero con la mano derecha sobre la izquierda extendida.

«Seis pesetas, he pagado seis pesetas» añadió.

Y luego, en inglés, le dijo al Sr. Mens que como era tan temprano y había mucha oscuridad, no le reconocía bien.

«Por dónde sales? Entretanto, en la calle el grupo de curiosos aumentaba, el vocerío era infernal y la indignación tremenda.

A cada momento llegaban a la habitación del detenido noticias de que los guardias no podían contener a la multitud, y se temía que ésta invadiese el edificio, arrojándolo todo.

Por teléfono se pidieron fuerzas al Gobernador y fueron enviadas varias parejas de la Guardia Civil y una escuadra de Seguridad, montada; se cerró la puerta y se prohibió la entrada a todo el mundo.

En vista de la actitud del público, el gobernador, de acuerdo con el comandante del 1.º tercio, dispuso que el detenido fuese sacado a hora tan temprana y a las once de la noche, y se le dio la Bolsa.

Reclamación al consúl. Hamilton revolvió nerviosamente unos pliegos de papel que había sobre la mesa; apartó maquinalmente cuatro o cinco pliegos y en el que hacía el sexto o séptimo, comenzó con pulso firme a escribir una reclamación al consúl inglés.

El detenido preguntó la hora que era, y a la una llegó a la puerta de la habitación donde el detenido estaba; dos soldados del regimiento de Wad-Ras, con bayoneta calada, y el delegado Sr. Puga le dijo al detenido: «¡Vamos!».

Hamilton seguía escribiendo sin hacer caso, un teniente de la Guardia Civil le explicó despacio que se agiese al Sr. Puga y Hamilton se puso en pie y dijo habiéndose: «¡A la calle! ¡A la calle, no!».

El Sr. Puga cogió los manuscritos de Hamilton y salió delante.

Hamilton paleó, dudó un momento, miró a todos lados, se mordió el labio inferior y se quitó apresuradamente la venda que tenía alrededor de la cabeza, cubriéndola herida, la metió en el sombrero de copa y, vacilando, siguió a los guardias.

En la vivienda de Hamilton. La dueña de la casa de huéspedes, calle de Atocha, núm. 80, puso entresuelo, señora viuda de Blanco, en donde se albergó ayer Hamilton, y los huéspedes que en ella habitaban, dicen que Hamilton entró ayer mañana temprano; se lavó, arregló un poco y salió a la calle.

Regresó próximamente a las once y media, preguntó a que hora se comía, subió a su habitación y en ella estuvo encerrado hasta las dos de la tarde.

A esa hora bajó al comedor, almorzó con algunos de los huéspedes, y almorzando se enteró del atentado de la calle Mayor.

Manifestose, según dicen, sorprendido e indignado por el hecho, y en cuanto terminó de comer, a las dos y media de la tarde, salió de nuevo a la calle.

Al Juzgado de guardia. A través la habitación llena de legajos, bajo los tres o cuatro escalones que dan acceso al portal, y por el primer pasillo de la derecha dio la vuelta a los corredores o galerías de cristales en la que está instalada la caja de clases pasivas y salió por la puerta trasera de la calle de la Bolsa, subiendo a un coche escoltado por guardias de Orden público a caballo.

Por el camino. Todo el trayecto recorrido por el coche en que iba Hamilton ha sido una verdadera explosión de indignación popular.

Por todas las calles los insultos menudetes, los silbidos y gritos de ¡muera el asesino! se repetían sin cesar, y algunas piedras de las muchas que arrojaban contra el carruaje alcanzaron la capota del coche.

Caminó este constantemente a galop de caballo, y rodeado siempre por la sección de guardia montada, que ni un solo momento pudieron separarse del coche ante el peligro que corría el inglés.

Al llegar al Juzgado de guardia, jinetes y caballos iban sudorosos y jadeantes, y el Sr. Puga, al entrar en la Casa de Canónigos, exclamó:

«¡Una verdadera odisea! ¡Lo contamos de milagro! No he visto nunca tanta indignación ni tan repartida.

En la capota del carruaje han quedado marcadísimas huellas de las piedras arrojadas contra Hamilton.

Cuando el coche llegaba cerca del Juzgado de guardia, un trauante lanzó el bastón contra el detenido, cayendo el palo dentro del mismo coche y a los pies de Hamilton.

Llegada al Juzgado. A la una y diez minutos de la tarde llegó a la Casa de Canónigos el detenido mister Hamilton en un coche de

especial, sin cuyo permiso no podía hablar con persona alguna.

Al ser esta constatación encogidos de hombros el inglés, y poniéndose tranquilamente las botas dijo que le dolía la contusión que le dio en la cabeza.

Cuando ya iban a retirarse del calabozo el guardia y los alguaciles, Hamilton los llamó, y señalando con el dedo a la ventana que la prisión tiene en su parte alta, les dijo con terror:

«¡Un hombre!»

Efectivamente, un curioso, conocedor sin duda de la Casa de Canónigos, había entrado en el edificio, y por el patio de las escaleras, que se añade comunican las ventanas de los calabozos, había llegado hasta el calabozo donde se hallaba el detenido.

Este, temiendo ser objeto de alguna agresión, avisaba con acento medroso.

Espectación.
Pocos minutos después que el detenido llegó al Juzgado el teniente fiscal de la Audiencia, Sr. Mena, dirigiéndose al despacho del juez, y sin ver al detenido se trasladó a pie a casa del juez especial, Sr. Valle.

También llegaron al poco tiempo varios jueces y funcionarios judiciales, todos ellos ansiosos de conocer detalles de la detención y del grado de complicidad que en el atentado pudo tener el detenido.

Noticias y detalles.
Los soldados que montaban esta mañana la guardia en la Dirección de la Deuda, y que fueron los que oportunamente salvaron a Hamilton de las iras de la muchedumbre, pertenecían al regimiento de Wad-Ras.

En la Dirección de la Deuda y Clases pasava era hoy día de cobro, no solo para los empleados, sino también para las clases pasivas y retirados.

Estos no pudieron empezar a cobrar hasta las diez y menos cuarto, hora en que se abrió de nuevo la puerta principal.

Un corresponsal inglés aseguraba esta tarde que todos sus compatriotas, cuando adoptan un nombre falso, se hacen llamar Hamilton.

Entre los papeles y documentos que Hamilton llevaba sobre sí, había un billete de la deuda número 9, desde la que asegura que presentó la corrida de ayer tarde, y un billete circular, de color verde, para recorrer Andalucía.

Como el afeitado de bigote de Hamilton parecía recién hecho, el gobernador le preguntó en qué peluquería se había afeitado.

El detenido comenzó por decir que en una próxima a la estación del Mediodía, y concluyó diciendo que se averiguara solo.

En concreto no pudo averiguarse nada.

Al ser detenido en inspección de vigilancias de la estación, Hamilton pidió al inspector Sr. Cullio, un periódico de la mañana.

Lo preguntaron cuál prefería, y contestó que le daba lo mismo.

Le trajeron uno y lo leyó con gran interés.

Hamilton llevaba en el pantalón algunas monedas de sangre, secas ya.

Un teniente de la Guardia Civil dice que se las vio antes de las agresiones de que fue víctima.

Hamilton asegura que son de la herida que le causaron en la cabeza.

LAS SEÑAS DE MORAL
Señas oficiales de Mateo Moral, presunto autor del atentado contra S. M. N., no determinadas todavía:

Estatura alta, delgado, bigote no muy poblado, con guías finas, ojos azules pero oscuros, con pestañas largas; pelo castaño oscuro, peinado a la parisina, por los lados muy corto y plano por el centro; edad de veintinueve años; facciones finas y correctas; tez pálida.

Viste traje color café oscuro, sombrero paja, de los llamados Panamá, con el ala caída por delante y dos abolladuras en el centro; botas color avellana con elásticos.

Rey, como hombre honrado execraba el brutal atentado de ayer.

Sin embargo, el leader socialista, ante las protestas de los concejales, se turbó, embrollándose y pareciendo que decía lo contrario de lo que apuntamos.

Sus compañeros de Municipio no le dejaron concluir.

Furiosos, como obediendo a idéntico impulso, se lanzaron sobre él, intentando agredirlo.

Entonces presenciamos un espectáculo indescribible.

Los demás concejales socialistas, sorprendidos por la agresión, cubrieron con sus cuerpos a Pablo Iglesias, tratando de contener la avalancha de indignados municipales.

Iglesias gritaba, queriendo explicar sus palabras; pero su voz no se oía entre aquel concierto infernal de imprecaciones, amonaces y gritos de todo especie.

El alcalde se desgañitaba, suplicando a los concejales que vieran sus impulsos; pero éstos no hacían caso.

Algunos, cuyos nombres no recordamos, proponían, en el paroxismo de la indignación, que fueran luchados los socialistas.

Estos, acorralados tras sus escudos, procuraban esquivar los golpes que cincuenta puntos irradian los dirigían.

El Sr. Vincente, a su fin, ayudado por los maceos y guardias de Orden público, pudo abrirse camino hasta Pablo Iglesias y sus compañeros, y sacarlos del salón, librando de algo más grave.

El jefe socialista recibió varias contusiones, causadas por algunos puñetazos y puntapiés de sus compañeros de Ayuntamiento.

Otra víctima, Sr. Largo, Caballero también recibió muchos golpes.

Una vez salidos los socialistas de la Casa de la Villa, restableció la tranquilidad.

El salón de sesiones presenta lastimoso aspecto.

Parace un campo de batalla, y por todas partes se ven mesas volcadas, libros vertidos, papeles desgarrados, etc.

Se desconoce el suceso se han hecho cuidadosos comentarios.

EN EL BUEN SUCESO
Esta tarde a las tres estuvimos en la clínica militar de urgencia establecida en el hospital del Buen Suceso, y debido a la amabilidad del médico primero de Sanidad Militar D. Jesús de Bartolomé y Reimpio, que presta sus servicios en el regimiento del Rey, y hoy le correspondía turno de guardia en la clínica, hemos visitado a todos los heridos.

En la clínica ingresaron ayer, momentos después del infame atentado, 28 heridos.

Los heridos fueron auxiliados en el orden de primera intención, y en la mañana de hoy pasaron al Hospital Militar de Carabanchel, por permitirlo su estado 11 de ellos, que son los siguientes:

Soldados: Santiago Mendieta, Bruno de Marcos, Ruto Familiar, Manuel Arrazola y Genón Lorente.

Coronels: Luis González y Lorenzo Navalón. Coronel Juan Martínez, Lorenzo Arias y Marín Alberto, y tambor Lorenzo Valencia.

Quedaban esta tarde en la Clínica: El cabo Bonifacio Castro, los soldados Hilario García, Jeremías Merchán, Silvino Mayo, Vicente Talavera, Juan Martínez, Juan López, Emilio Chinchilla y José García, todos graves y pertenecientes al regimiento de Wad-Ras, y además el corneta de música González Casar, el soldado de Escuela Superior de Guerra, Laureano Barderas, y el soldado de la Escolta Real, José Márquez. Estos tres últimos de pronóstico reservado.

Están también los siguientes heridos graves: Guardia municipal núm. 41, Pedro Crispín Rodríguez; palafrenero Andrés Riego y Basilio Entrepo, este gravísimo, y el primer teniente del Cuerpo de Sanidad D. Jacinto Monjas, que aunque ha reaccionado algo y obtenido alguna mejoría, no se alienta, sin embargo, grandes esperanzas de que puedan ser salvados.

Un afeitado.
Al recorrer la sala de la clínica donde se hallan los heridos, nos detuvimos más especialmente ante la cama que ocupaba el cabo Bonifacio Castro, que padece afeita por emoción.

Durante la noche le han velado los señores Altuna, Otero (D. Ramón), Jiménez González, Olea, Roland, Marañón (D. Manuel), Lizaga, un hijo de la condesa de Mirasol, Millas, otros amigos y parientes, y los criados de su casa.

El Rey en la Clínica.
A las cuatro y media de la tarde llegaron delante del Hospital del Buen Suceso dos automóviles.

En el primero venía el Rey con el Príncipe de Asturias, y en el otro los coroneles Milián del Bosch y Loriga.

Al enterarse el personal de la Clínica de la presencia de las reales personas, bajó a puerta a recibirlos, con el jefe, D. Ramón Sáez.

Grando ante los muertos.
Directamente se dirigió Don Alfonso a la capilla ardiente, enterándose minuciosamente de quienes eran los cadáveres que en aquellos días se encontraban.

El Rey y el Príncipe se arrodillaron delante de ellas y todos los que las acompañaban imitaron su conducta, orando algún tiempo por aquellas pobres víctimas del infame atentado.

Conversando con los heridos.
Desde allí se dirigió a la sala de los heridos.

Algunos de éstos, emocionados al saber que era el Rey quien los visitaba, quisieron incorporarse en sus lechos; pero D. Alfonso lo impidió.

Ordo no se dieron cuenta de la presencia de S. M. por el estado de gravedad en que se hallaba.

El Rey conversó con los que estaban mejor, oyendo de sus labios el relato de como fueron heridos.

El teniente de Seguridad, Sr. Monjas, que se halla en otra habitación solo, fue también visitado por el Rey y el Príncipe.

El herido se dio cuenta de la presencia de Su Majestad, pero no pudo articular palabra. Miró a Don Alfonso, quiso decir algo, y no pudiendo, se llevó la mano al pecho y a la garganta, corriendo y abriendo los ojos como si se ahogase.

Don Alfonso visitó después a los demás heridos que había en la clínica antes de la explosión.

Viendo uno de los cadáveres.
Antes de salir Don Alfonso de la clínica visitó la capilla ardiente en que se halla el teniente Prendergast.

Quiso ver su cadáver, y entonces se desató la capa, no pudiendo ver más que un blanco sudario en que habían sido envueltos los restos del desgraciado oficial.

Don Alfonso oró también breves momentos ante el cadáver del Sr. Prendergast, dando el pésame al padre político de éste.

El Rey ovacionado.
En esta visita acompañaron al Rey y al Príncipe, el obispo de Sión, el gobernador civil y el jefe de Vigilancia, D. Nicolás Ibarrera.

Notándose la gente que el Rey se hallaba en el Hospital, se fué congregando en los alrededores.

Al salir el automóvil de las personas reales, numeroso público le hizo una gran ovación.

Se dieron infinitas de vivas al Rey y la Reina, tomando parte en esta manifestación los vecinos de las casas inmediatas, que saludaban a los balcones, aplaudían y vitoreaban a S. M.

Sin ningún aparato de fuerza, sin escolta de ninguna clase, como había venido, se marchó en su automóvil el Rey, entre aclamaciones y aplausos.

EL ENTIERRO
A las seis de la tarde sale del Hospital del Buen Suceso el entierro de los militares muertos en la trágica jornada de ayer.

El entierro ha sido dispuesto por el Gobierno Militar, y será costado por todos los Cuerpos de la guarnición de Madrid.

Esta tarde ha llegado al Buen Suceso la corona enviada por el general Luque. Es de plumas negras, flores moradas y enlucidas guapas.

A las seis de la tarde se le hizo la siguiente inscripción: «A las víctimas del deber, el ministro de la Guerra.»

Como el fiscal de la Audiencia, que se trata de un delito común.

Si fuera preciso se sostendría para ello una cuestión de competencia.

Un premio.
Un particular amigo del conde de Romanones ha puesto a disposición de éste la cantidad de 25.000 pesetas con destino a un premio para la persona que detenga al criminal o facilite a la autoridad el medio de capturarlo.

Otra víctima.
D. Eusebio Flores, inquilino de la casa de huéspedes de la calle Mayor, 88, que falleció ayer, era un joven estudiante que ocupaba la habitación contigua a la del criminal.

Mañana, a las nueve, tendrá lugar el entierro, que será una manifestación de duelo imponente, pues la víctima, hijo de D. Juan Flores Cosío, alcalde actual de Sahagún, era un joven que gozaba de grandes simpatías.

El cónsul inglés.—Últimas impresiones.
A las cuatro y media de la tarde presenté al Juzgado de guardia el secretario del Consulado inglés en Madrid.

Imediatamente celebró una conferencia con el juez de la Inclusa, que es el que actúa, y con el teniente fiscal de la Audiencia, Sr. Mena.

Este le dijo que por el momento no podía dar explicación alguna sobre la detención de Hamilton.

Agregó que se trata de un asunto muy delicado y sobre el cual no pueden hacerse apreciaciones, por no hallarse esclarecidos varios puntos importantes.

Anarquistas detenidos.
Por orden del juez especial, Sr. Valle, han sido conducidos esta mañana a la Cárcel Modelo los siguientes individuos:

José Carvajal, Felipe Fernández, Adelar de Saavedra, Emilio Blázquez, Ramiro Montañón, Juan de Mata Corobos, Remigio Jiménez, Eugenio Carrasco, Juan Sala, Juan Silló, Gregorio García Moral, Juan Monseny, César Caraballo, José Pugaite, Salvador Torres y Vicente Vanhuo.

Los 18 detenidos ingresaron en la Cárcel Modelo en comunicación, y a la deposición del juez especial.

La mayor parte de los anarquistas detenidos en el Gobierno civil, contestaban al interrogatorio a que se les sometió, con gran cinismo y dando muestras de una indiferencia gacial.

Esta tarde, al intentar subir al tren mixto de Barcelona tres individuos, fueron detenidos por la policía, que los consideró sospechosos de anarquismo.

Los agentes les condujeron, así como a sus maletas, al Juzgado de guardia, donde quedaron encerrados en tres calabozos distintos.

Como en dicho Juzgado no hay más que tres calabozos disponibles y los presos que existen en él son ya cuatro, fué habilitada como prisión una leñera.

A la hora en que escribimos estas líneas, aún no se sabe los nombres de los detenidos.

ULTIMA HORA
Aousaciones contra Hamilton.
A las seis de la tarde, próximamente, se ha constituido en la Casa de Canónigos el Juzgado de guardia, para continuar la instrucción de las diligencias, comenzando por tomar declaración al guardia civil Miralles.

Este confirmó cuanto dijo ante el capitán Sr. Rodríguez, que formó el primer atestado.

Después de éste, entró a prestar declaración otro guardia civil, acompañado de un capitán del Cuerpo.

Este nuevo testigo aportó detalles muy interesantes.

No sólo aseguró que hallándose en el momento del atentado frente a la casa núm. 88 de la calle Mayor, vio perfectamente que al denunciar la explosión al capitán del piso cuarto Moral y un individuo cuyas señas coinciden en absoluto con el detenido esta mañana.

Añadió, asegurándolo de una manera rotunda y firme, que le vio bajar de la escalera de la casa, y que no pudo capturarle porque la masa de gente que se separaba de él, huyendo presa del pánico que el atentado había producido en ellos, se lo impidió.

DE BARCELONA
La cédula de Moral.
BARCELONA 1.º Ha sido examinado el talón correspondiente a la cédula expedida a nombre de Moral.

Me aseguran que esta cédula fué expedida a un transeunte.

La impresión.
Aquí fue enorme la impresión producida por el atentado, y la indignación crece por instantes.

Delante del gobernador ha desfilaron todos los días de Madrid, apenas llegaron hoy, agotados.

La policía practica pesquisas en virtud de ordenes recibidas de Madrid.

Un sospechoso.
En el expreso llegó hoy un individuo que, apenas descendió del tren, fué detenido por la policía.

Immediatamente fué retirado para enviar la fotografía a Madrid.

La falta de espacio nos obliga, con gran sentimiento, a dejar para otra edición importantes noticias ya compuestas. Entre ellas, el entierro de la señora marquesa de Tolosa, de su sobrina y del Sr. Calvo.

Mañana lo haremos, tributándole el homenaje que su memoria merece.

BOLSA DE MADRID. — DIA 1.º

Cambios

4 por 100 interior contado..... 80 35

Idem fin de mes..... 81 35

Idem fin próximo..... 81 35

5 por 100 amortizable..... 99 05

Acciones del Banco de España..... 437 50

Idem id. Hipotecario.....

Idem id. de Castilla.....

Idem id. Hispano Americano.....

Idem id. de Crédito.....

Idem Compañía Arrend. de Tabacos.....

Cédulas del 4 por 100.....

Idem id. ordinarias.....

Idem obligaciones.....

Explosivos.....

Paris vista.....

Londres vista.....

DESDE PARÍS
RECAUDACIONES FERROVIARIAS
Diferencia por 1906

1905 1906

Norte (1) 2.188.318 2.295.940 107.622

M. Z. A. 1.073.213 1.085.000 11.787

Andalucía 446.110 507.570 61.460

M. C. P. 114.490 121.185 6.695

Oeste 97.676 102.258 4.582

A partir del 1.º Enero.

Norte 2.188.318 2.295.940 107.622

M. Z. A. 1.073.213 1.085.000 11.787

Andalucía 446.110 507.570 61.460

M. C. P. 114.490 121.185 6.695

Oeste 97.676 102.258 4.582

(1) Sin las líneas de la montaña 30.º conda. prece de 1913 al 19 de Mayo.

BANCO AGRICOLA DE ALFONSO XIII
Se ha inaugurado este Banco en conmemoración también de las bodas reales, quedando abierta hasta el día 30 junio la suscripción de las acciones que constituyen el capital social.

Este es de 100.000.000 de pesetas, dividido en dos series de acciones: una de 500 pesetas en número de 12.000, y sea 60.000.000 de pesetas, y otra de 500 pesetas en número de 40.000, o sean los 40.000.000 restantes.

El primer dividendo pasivo que se pide es del 20 por 100.

De admitir las suscripciones a esta emisión, se han encargado importantes entidades bancarias de toda España. Uno de estos días publicaremos la relación, así como las casas de Madrid autorizadas para recibir dicha suscripción.

Las oficinas centrales del nuevo Banco han quedado instaladas en la Carrera de San Jerónimo, 43, primero.

MEDALLA REAL
La conocida joyería de Sr. Asenjo, Carretes, 15 y 17, se ve estos días muy concurrida, adquiriendo las medallas en oro y plata con motivo de la boda de S. M. N., ha troquelado el insignia y notables escultor Sr. Marnas, siendo admirada por cuantos han tenido ocasión de verla.

PUBLICACIONES DE ACTUALIDAD
Se ha puesto a la venta el tomo tercero de la interesante obra titulada *Historia de la Regencia de María Cristina Habsburgo Lorena*, escrita por el doctor catedrático de la Universidad Central D. Juan Ortega Rubio, y editada con todo esmero por el acreditado editor Sr. González Rojas. El interés de la obra magistral del Sr. Ortega va, naturalmente, acrecentándose a medida que se aproximan los tristes sucesos de 1838, pues con indicar que el tomo tercero comprende todos los hechos ocurridos en los años 1836 y 1837 y en los primeros meses de 1838, que a diario que nos interesa de los publicados.—Casa editorial: Rodríguez San Pedro, 9, Madrid.

Ningún forastero debe ausentarse de Madrid sin llevarse el mejor recuerdo *Directorio Madrileño*, 5 pesetas en las librerías.

NO SE ENCUENTRAN
muebles tan magníficos y baratos como los de la Casa Morlan, INFANTAS, 1, donde se venden elegantísimos comedores, despachos, recibidores, alcobas completas, camas doradas, mecedoras, etc., etc.

CORRIDA REGIA
Es de rigor que las señoras asistan a la corrida ataviadas con las clásicas galas españolas, que tanto realzan su natural belleza y tanto llaman la atención de los extranjeros. Recomendamos a este fin los magníficos pañuelos de Manila y crepón y las espléndidas mantillas de blonda y encaje que vendió a precios verdaderamente nuestros amigos D. Luis Carles en sus bien acreditados almacenes de la Gran Vía, Fuencarral, 18, o Infantas, 1.

HAY ESTABLECIMIENTOS
favortos del público, y en dicho número se cuenta la gran perfumería de la calle de Peligros, 1, duplicado, cuyos dueños, Sres. Alvarés, Gómez, justifican su éxito con grandes surtidos de cosmética, adornos grandes, etc., y la venta exclusiva del *Agua de Colonia Concentrada*.

NOTICIAS
Grandes novedades en coronas de comunión, plantas y flores de París y Berlín. Rubén, Concepción Jerónima, 3, entresuelo, Teléfono 59. No equivocarse esta casa con ninguna otra.

La Prensa es noble, no solo porque instruye, sino porque anuncia. Pidan las tarifas combinadas de publicidad a la Empresa anunciadora *Los Tirolenses*, Conde de Romanones, 7 y 9, entresuelos.

LA SOLEDAD, Desengano, 10, Servs. funebres.

Relojes Longines—Arenal, 11, C. Moreno.

El movimiento social es el anuncio de la vida. Pidan las tarifas combinadas de publicidad a la Empresa anunciadora *Los Tirolenses*, Conde de Romanones, 7 y 9, entres.

Avisos útiles

ABANICOS JAPONESSES
La casa más surtida y que más baratos los vende. *M. de Diego*, Pta. Sol, 13, esq. Mont.ª

FILTROS de los mejores sistemas conocidos.—Españoles, 3, El Angel.

Pastillas Crespo—Tos, gurgulenta.—Plas. 1, 150

El Sr. Sauri, dueño del hotel de Ambos Mundos, de Barcelona, nos comunica que, desde el día 1.º de junio al 15 inclusive, hará una rebaja del 15 por 100 en los pupitajes, a fin de que los extranjeros que han asistido a las bodas reales puedan de paso visitar Barcelona sin serles tan gravoso.

PERFUME DE LOS REYES DE ESPAÑA
La más antigua y acreditada perfumería de esta corte, con motivo de la boda real, ha dedicado a S. M. un delicioso y elegante perfume, que ostenta los retratos de los Soberanos, el que por su delicioso y permanente aroma, supone los mejores de fabricaciones extranjeras, siendo solo su precio SIETE pesetas.

FORTIS—Puerta del Sol, 2

VINOS RIOJA
M. Lacuesta.
Despacho: Desengano, 15.

Para adquirir Gramófonos, aparatos eléctricos, máquinas de escribir y cadáveres, visite usted la casa *Ureña*, Barquillo, 15, y Pta. 1.ª (Castellanos) gratis a quien los solicite.

